

1992

## Historia de dos en el cenobio

Armando Romero

---

### Citas recomendadas

Romero, Armando (Otoño 1992) "Historia de dos en el cenobio," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 36, Article 26.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss36/26>

## HISTORIA DE DOS EN EL CENOBIO

Armando Romero

Levantaríamos falso testimonio si dijera que Anunciado no respondió con intención violenta a lo acordado en la sala mayor del Cenobio, la otra noche. Iracundo dijo que si lo metían a él en esa cobija iban a quedar once mil preguntas en el florero. Y esa noche para todos se perdió, para siempre. ¿Para siempre? Sí, no se detuvo. Siguió.

No vamos a ver aquí entonces el hilo sino la aguja; no el dedal, sólo la tira que lo tira y lo tiró de este lado, en el que ahora con ustedes estoy, para que vean en claridad de dos monedas frente a frente la ilusión de su rabia y lujuria como constructoras de un camino obvio, ebrio.

Si alguien le prometía la noche en esta orilla, del lado oscuro, Anunciado buscaba, él, ser el sol completo del otro, el de abundante claridad. Extrema facilidad la de moverse entre las piernas de una realidad sin asiento, tenía él. Acróbata entre un cielo de fiesta y un piso de aserrín, la rabia vino cuando el Ortodoxo Mayor, no avisándole apenas, corrió el velo de una historia lluviosa y maloliente.

Sucedía que detrás de la fachada en ruinas del viejo edificio central, allí donde un sacrificio había dejado las huellas negras de sangre en mil palomas, un inusitado número de peregrinos, de abolengo merecido, había plantado en choza firme, carpa enhiesta, suerte en mano, una morada compartida con su eterno vagar imposible. Y no era que esto, lo de siempre, se saliera del común, era que entre un aviso y otro todos los miembros erectos del Cenobio habían llegado a la conclusión que las mujeres de los peregrinos, o al menos algunas de ellas, extraordinariamente hermosas, no les dejarían a los monjes en la paz de sus celdas un momento en vano.

Así, pues, el día que amanecieron esos caminantes como hongos por la madrugada, un tropel de cuchillos cortó el aire de sagrada configuración y

permitió que cayera una imagen maculosa contra el paisaje sin pecado concebido. Bravas ellas, las hermosas, comieron a la mañana un cordero asado oloroso y grasiento entre las comisuras de unos labios espesos y las telas en delicia del cuerpo, espejeando con la luz filtrada por la edificación ruinosa. Era el blando de las piedras contra la firmeza de sus glúteos, estiradas así como así nomás, dale al rebote de tanta mirada enloquecida, flácidas desliéndose como la carne en la boca, como el óleo de un santo quemándose al sol.

Los días se fueron a cabriolas de manada hasta que las brutales bestias del Cenobio comenzaron a tomar forma. Patas de ganso fue el adorno en ambas mejillas del encargado del Sagrado Oficio, más un pie de negro puesto en el pecho contra el recorte de los pelos blancos; erizada forma de plumas de águila en los brazos y antebrazos del protector del Acuerdo Divino; fácil colmillo al dentellazo en la espalda como arma del Floreciente Espejo del Gallo, encargado como estaba de martillar para siempre una flor hasta introducirla al centro del corazón de una estatua de mármol de Afrodita Virgen; ligero bigotazo y saliva para las huestes hostiles de los sótanos, no así risa de rabia radiante para los acumulados en los áticos; fue entonces el Heterodoxo quien poniéndose un reptil en la frente vino a decirles: “Inconcebible es que Anunciado haya volteado el envés de todos los acuerdos, peor que disparado en la dirección de su deseo el alma nos haya dejado en vela y en vilo”. Y a coro pelado, todos los cenobitas, desde la media suela de sus sandalias, asintieron con el horror de unos ojos incomprensibles hasta para el Sagrado Libro.

Pasó lo que pasó. Anunciado, caído en tentación desde la terraza de su celda, sin librarse de todo mal y peligro, abrió con una cuchara de fondo doble, azucarada y filosa, un hueco cada vez más en la pared de adobe de su cuarto, y por allí, metiendo una mano y un pie y una cabeza, logró acomodar el cuerpo a la vecindad de los peregrinos.

Estos, dándole de miradas por ambos lados creyeron reconocer en él la santidad acumulada por siglos dentro de los muros del Cenobio. El, advertido de sus dones, los dejó hacer y pensar en bien para sus adentros, y aprovechando la oportunidad en moneda de oro entabló con ellos una colmena de palabras y salmos cruzados como dientes de un crustáceo. Demoró, pues, los días en este coloquio de plegarias y ofrendas. Más tarde, inició un jugarlo todo a levantarse muy temprano y luego de oraciones y abluciones desde su cuarto, donde reinaba una cabeza solitaria sobre un cuerpo desnudo, y antes de ir a conversarlos, vigilaba el desplazamiento de los peregrinos por detrás de la fachada en ruinas, acomodándose en su búsqueda a sus movimientos y destrezas. Así hasta el día,

intangibles, en que pudo aislarla a ella de la grey y verla en el jugo de la mañana sola, pendiente del hilo que desde sus pies la ataba a una belleza extraña, de animal herido.

No tuvo que decirselo para ya amarla con esa pasión que de sólo sus ojos y su barba una luz despedía. El lo vio frente al espejo y lo supo, frente al fogón, al fondo del plato donde ya comer no podía. Gritó con afán un día no resistirse y era puro sufrimiento enjaulado porque el Ortodoxo Menor a vigilar la vigilia lo había nombrado, y al pasearse atisbando ojos abiertos por los corredores no veía más que el deseo de su amor reflejado en la oscuridad de las celdas, y el paso a paso de sus pies desnudos rasgaba la tierra como un vientre sedoso y tierno. Pero nadie lo oyó en el Cenobio, acostumbrados todos a ese ruido de hospital que a veces venía de las cámaras de tortura y disciplina.

Pero desde que pudo sentirla suya ya no dejó día sin pasar a escondidas a las ruinas y encaramarse en una de hablar y hablar con todos los que la rodeaban, hasta que al fin determinó el rostro de los que prometían ser padre y madre, confundidos en una sola mirada de respeto y miedo ante esta aparición beatífica que ellos juzgaban, alineando el hábito, la cruz, la chistera, los dedos a través de las sandalias, y ya no hablemos de su encantadora barba de amarillo oscuro, perdido. Allí cayeron de rodillas y él, Anunciado, cambiado de orilla a orilla, claro y oscuro, acarició el tope de sus cabezas con una bendición plana y plena de amor resbaladizo y malaventurado.

Fácil la consiguió apaciguando las cabras que de leche y carne abastecían a los caminantes. Le habló entre plumas de un dios esponjoso repleto de misterio hasta los tuétanos; le encomendó servirse de una unción elevadora de todo lo bendito; canónigo magistral le cascabeleó una plática sin limaduras del sagrado desasosiego; y así, de soslayo, se la llevó de visita a su calabozo por esa hendidura estrecha que a la pared había abierto.

Ella, de nombrarla diríamos Sisella, nunca había concebido sin pecado un dos para su vida, en especial, para esos ritos del amor, y sin embargo era toda pies de caminos largos y amplias manos de trabajo y ardor en las noches celestes. Fundiéndose en padre y madre había encontrado compañía para su peregrinar, pero era cierta su soledad y abandono, encaramada ya fuera en la pila de ropa que aguantaba los porrazos de la limpieza o atada a ese trajinar de leche, carne y queso que venía de los rumiantes. No había que quebrarse la cabeza para verla acabronadamente bella dando brincos por ríos y quebradas, por peñas y cacerolas, sola contra las leyes de la manada.

Al principio Anunciado no la dejaba estar mucho tiempo dentro del cuarto porque Sisella, enamorada del tenebrario sobre la mesa, se perdía fácilmente en la inmensidad de la luz contra las sombras, ya que nunca el respunte de sus ojos había apuntado contra el álgebra de las iluminaciones. Pero, ya acostumbrada a ver por entre los ciriales, más tarde se quedó, así la ausencia se notara entre las cabras desperdigadas o el río sin tropiezo.

De amor hay que decir que salieron volando como si ya al cambio de las miradas hubieran gestado una multitud de aludas por las paredes y los rincones. Hasta que un día una lama espesa y verde, que Anunciado sentía venir de sextos y quintos infiernos, si no más, los metió en la horma de un apetito voraz y escabroso. Despojados de toda investidura se poseyeron, se ensartaron, se hundieron en el mundo, se hicieron pedazos de amor en el tablón a mitad de la celda, donde a más de ejercitar estómago y espíritu ahora veían congraciarse cuerpo y alma. Y al sucederse de los días con el anca limpia barrieron los obstáculos y absorbieron las substancias, lisa y llanamente levantaron el fuego y al ardid pusieron en celada. Con todos los hechizos se mandaron para volver a la mano maestra luego y reiniciar el indomable ejercicio de una fiesta cotidiana y enredada. La fiesta de dos cuerpos que multiplicaría en llamas los espasmos.

Anunciado no perdía maraña en su entusiasmo y a boca partida le hablaba de escapes furibundos, huidas encantadas. Sisella lo escuchaba de ensalmador convertido y a los ojos abiertos aprobaba los beneficios de un destino común en éxodo, más esto fue de días y de noches, de semanas y meses, sin resultado positivo. Y entre él más hablaba, más de ganas caía la desesperación de Sisella, caminante al fin, por partir; hasta que un día, golpeada por tanto labio de él perdido en inventar la realidad distante de una vida juntos, decidió, pasajera sin tiempo y contra el espacio, deshacerse a placer compartido, disolverse poco a poco en el aire.

Anunciado, embebido en el flotar y aflorar de las pasiones, no avistó que Sisella se estuviera desperdigando lentamente y alternaba el empeño de su historia de un viaje fulguroso con posiciones desenterradas de sótanos y cuevas en laberinto. Pero la realidad se le iba desmoronando gota a gota. Sisella, por su parte, daba la impresión de no haber advertido que esa abertura por donde se escapaba en aire su cuerpo estaba allí desde siempre frente a ella, pero era clara su conciencia como el centelleo de Cenobio desde las ruinas.

Pronto su familia de peregrinos avisados de las partidas notó que de pies en Sisella sólo era humo y de dedos en la mano un vago recuerdo. Un interrogatorio vino, intenso, aunque cosas eran también del otro mundo, para confirmación estaban allí los monjes del Cenobio, y a oración se callaron.

Pero hubo un día en que para Anunciado Sisella fue sólo un polvo de líquido por sus manos. Y fue entonces, y allí nomás que supo la magnitud de su desgracia: ella había desaparecido.

No se sabe al momento, pesquisa en vano y puerta, cómo llegaron hasta el dintel de Anunciado para buscarla. El la negó, y aunque cantara mil veces la negó en existencia con razones disueltas en una lógica inconvencible. Pero hasta allí, celda crapulosa, la había visto ese alguien difuso, padre y madre, que ahora empezaba a adquirir un rostro. No, dijo él, echándose sobre las espaldas un dolor quebradizo.

Cavaron con saña toda la celda y aunque un olor que se les pegaba a los andrajos los mantenía a raya, no pudieron, como es de suponerse, encontrar más que polvo a polvo convertido. Y así lo abandonaron. No me queda por decirles la maldición que clamando a un dios le dejaron sobre el tablón silencioso.

Pero contra el Ortodoxo Mayor no hubo invencionero ni tramposo: prendido a los libros y las láminas se figuró el secreto en una serie de imágenes sin propósito definido. Y a él vino con la jaculatoria siguiente: “De culpa no estás hecho, Anunciado, más sí del delito; de penitencia nada nos queda.”

Eso fue todo. Anunciado, ahfío de una furia y hecho trizas, arrojó el veredicto y esa noche para todos se perdió, para siempre. ¿Para siempre? No, antes se detuvo.

Sisella al fin de ruinas lo estaba esperando, y diluida y hermosa como siempre dejó ante sus ojos, que no creían en la bondad huidiza de lo eterno, un cordero, aquel que por ventura extirpa las caídas del mundo. De él comieron los dos, ardiente carne entre los labios, antes de perder en un camino gozoso el juicio final y todo lo que les quedaba de divino.